

Catafalco de Felipe II.

TUMULO LEVANTADO EN LA CATEDRAL DE SEVILLA,  
Y SUCESO MUY NOTABLE ACAECIDO EN LAS BONDAS  
DE FELIPE II AÑO DE 1598.

Siempre se señaló Sevilla en los siglos de su engrandecimiento por el fausto con que presentaba al pueblo cualquiera solemnidad religiosa ó profana; correspondiendo de este modo al nombre que gozaba de la primera población de la monarquía; nombre á que por tantos títulos era acreedora, y que con justicia tenia adquirido. Las honras celebradas á la memoria de Felipe II, son un buen testimonio de aquel aserto, y la relacion de estas funciones, unas de las mas suntuosas que en esta clase se hicieron en España, figuran en primera linea en los anales sevillanos, tan ricos en acontecimientos de todos géneros de magnificencia, grandeza y poderio.

Los cabildos eclesiásticos y secular entendian siempre en los gastos de estas funciones, acudiendo generalmente el último á los crecidos dispendios que son necesarios para llevar á cabo grandes y colosales proyectos. Asi que acordado por el ayuntamiento el levantar un túmulo en la catedral para el dia que hiciese la ciudad las honras del difunto monarca, se nombraron las distintas comisiones que habian de entender en tanto como era indispensable para llevar á cabo la empresa, segun la estension gigantesca que querian darle. Nombraron al jurado Juan de Oviedo, maestro mayor que era de la ciudad, para que hiciese la traza del túmulo; arquitecto de gran

nombre por su saber y pericia en el arte. Ejecutado el diseño y aprobado se pasó inmediatamente á la construccion de la obra, levantándose el túmulo á principios del mes de octubre, bajo de la bóveda que hay entre el coro y la capilla mayor, la mas alta de la catedral; pues era donde se elevaba el cimborio, que se desplomó en el año de 1511.

Componíase el soberbio catafalco de tres cuerpos, el primero dórico, formado de pilastras y columnas en número de diez y seis; habia en las entrepilastras nichos con santos y altares, estando repartidos en los intercolumnios y demas sitios de este cuerpo emblemas y geroglíficos, análogos al objeto fúnebre del túmulo. Sobre la cornisa de este primer cuerpo y correspondiente á las columnas, se elevaban pedestales que sostenian diez y seis estatuas. El segundo era jónico, formábanlo ocho columnas istriadas; en su centro sobre un gran pedestal asentaba la urna fúnebre, cubierta con un rico paño de brocado, grandes almohadones de lo mismo en la cabecera, sobre los cuales estaban la corona y el cetro, la espada desnuda, las manoplas y la celada; á los pies de la urna un leon recostado, apriando con sus garras el hasta de la bandera nacional: en los cuatro ángulos de este cuerpo se veian otras tantas pirámides ú obeliscos símbolos de las cuatro esposas que tuvo Felipe II; Doña María de Portugal, Doña María de Inglaterra, Doña Isabel de la Paz y Doña Ana de Alemania. El cuerpo tercero y último era corintio, tambien con columnas, delante de ellas habia estatuas, en el centro estaba la de San Lorenzo, elevada sobre un pedestal, siendo su altura la de 15 pies, y la ejecutó el célebre Juan Martínez Montañés. Remataba el soberbio túmulo con una cúpula ó media na-

3 de junio de 1812.

ranja, sobre ella un globo que servía de base al ave fenix, que con las plumas de su hermoso penacho parecía que tocaba á la altísima bóveda. Había además dos calles formadas de arcos y adornadas de estatuas y escudos de armas, que daban paso al catafalco desde las dos puertas del crucero.

Tanto las galerías como el túmulo estaban contruidos de madera y lienzo, imitando en su pintura á la piedra oscura ó berroqueña; al bronce los filetes de los basamentos, plintos y capiteles, los escudos de armas y todos los adornos. También estaban imitando al dorado los bellos y magníficos candelabros que servían para la iluminación. Las cabezas y manos de las estatuas remedaban al mármol blanco. Las historias, alegorías y emblemas esparcidos por toda la obra estaban pintadas. Se gastaron 15.000 ducados, no entrando en esta suma la cera, cuyo consumo fue de cerca de cinco mil libras, entre las seiscientas veinte y cuatro lámparas que iluminaban tan estupenda máquina; y unida aquella suma á la que se repartió entre las comunidades y clérigos en la tarde de la vigilia y día del funeral, se calculó el total gastado en siete mil libras de cera.

Célebres fueron los artistas que se encargaron de esta obra: ya sabemos que al caballero Juan de Oviedo se le debió la bella y hermosísima traza; y réstanos manifestar que el autor de los disticos, epitalios y lemas latinos, lo fue el humanista Francisco Pacheco.

Para la parte de pintura se eligieron á los maestros Francisco Pacheco, sobrino del citado, Alonso Vazquez, Basco Perez y Juan de Salcedo; cada cual se hizo cargo de uno de los lados del túmulo, que dejaron á la suerte; y tuvieron de ayudantes á sus mas aventajados discípulos; artistas de mérito en su época, y de los que aun se conservan obras. Las esculturas de mas empeño se encargaron al ya citado Martínez Montañez y al celebre Gaspar Núñez Delgado, siendo admirables las estatuas que existen en el convento de S. Clemente, debidas á su talento y habilidad: Montañez hizo diez y nueve estatuas y Salcedo las restantes, aunque no dejarían de trabajar sus acreditados discípulos.

Además de los versos latinos esparcidos por el túmulo, había algunos en castellano, y en un M. S. de cosas de Sevilla, de autor anónimo, escrito en el año de 1611 al hablar de este túmulo, dice: "Algunos otros versos se pusieron sueltas, y unos que compuso Miguel de Cervantes, que por ser suyos fue acordado de ponerlos aquí." Esta noticia, hasta ahora desconocida de cuantos han tratado de ilustrar la vida del inmortal escritor, sirve de doble prueba para asegurar que en aquel año vivía aun en Sevilla. Los versos citados, y que copia el autor anónimo, pertenecen al género de todos los de Cervantes; son doce quintillas, llenas de conceptos y sutilezas, con los versos faltos de armonía.

Llegó el día 24 de noviembre del año de 1598, destinado como víspera del 25, en el cual habían de celebrarse las honras con todo aparato y solemnidad posible; entraron á las dos de la tarde todas las órdenes religiosas, el clero reunido con la universidad de beneficiados; despues llegó la inquisición, la audiencia y el ayuntamiento, tomando asiento estas corporaciones en la capilla mayor; todos en *lancas rasas* por ser honras reales; en seguida se cantaron unas solennnes vigiliás que duraron hasta las oraciones.

Al día siguiente 25 hubo desde el alba misas en todas las capillas de la catedral; y á la hora señalada para las honras, empezaron á entrar los religiosos y clérigos, y las autoridades ya mencionadas. El tribunal de la inquisición fué el último que llegó, cuando concluido el evangelio de

la misa subía ya al púlpito el predicador Fr. Juan Bernal; al pasar aquel cuerpo para su asiento suspende su marcha, con sorpresa de todos los espectadores; y sin respeto al lugar sagrado, á la celebracion de las honras del monarca, y al sacrificio augusto de la misa, envía en el acto una fuerte notificación al rejente de la audiencia para "que pena de excomunion mayor *lata sententia* quitara un paño negro que cubría el banco donde se sentaba." El rejente se opuso abiertamente, y contestó *que no lo quitaba*. El tribunal pasó adelante con su proceso, y allí mismo declaró excomulgado al rejente; en seguida se mandó suspender la misa, que la decía el arcediano titular, D. Luciano Negrón, y bajó del púlpito el padre. Scedió esto poco despues de las 10 de la mañana; pero como en demandas, respuestas y notificaciones pasaba el tiempo, dispuso el cabildo que pasase el preste á la sacristía para que allí concluyese la misa, y así se hizo. Todos permanecieron sentados; y el rejente, firme en su propósito, hasta que empezó á mediar entre unos y otros D. Francisco de Guzmán, marqués del Algaba, y siendo ya las cuatro de la tarde, la inquisición levantó la excomunion al regente, remitiéndose este asunto al consejo de S. M. para su resolución. Suspendiéronse por este acontecimiento las honras, hasta que viniese la sentencia de la superioridad. Todos los concurrentes se levantaron, marchando en seguida.

Mientras duraba esta suspensión, se alzó el pendon por el rey D. Felipe III, que llevaba el citado marqués de la Algaba, ejecutándose aquel acto con todas las solennnes ceremonias propias de él. Se arrojaron al pueblo las medallas de proclamacion, en cuyo anverso tiene el busto del rey y la leyenda: *Philippus III Dei Gratia Hispaniarum rex*; el reverso una matrona que representa la esperanza, coronada de laureles, y este lema: *Spes salutis nostrae, S. P. Q. H.* Este día de la proclamacion fue el 30 de noviembre.

Como el túmulo quedase puesto, y la fama de su magnificencia y suntuosidad corriese por todas partes, empezaron á venir á Sevilla de todos los pueblos que la rodean infinidad de personas; esto dió motivo para que Cervantes compusiese aquel soneto, tan conocido como celebrado, y al que él mismo llamaba en el Viaje al Parnaso, *hymno principal de mis escritas*. Las escolentes prendas en que abunda esta corta composicion, nos obligan á repetirla en este artículo, pues aunque se halle en varios libros, es tal su encanto, que nuestras lectors no dejarán de agradecernos tan bellissimo recuerdo.

#### AL TUMULO DEL REY EN SEVILLA.

#### SONETO.

Voto á Dios que me espanta esta grandeza,  
Y que diera un dablon por describilla;  
Porque ¿á quién no suspende y maravilla  
Esta máquina insigne, esta breveza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza  
Vale mas que un millon, y que es mancilla  
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla,  
Roma triunfante en ánimo y riqueza!

Apostaré que el ánima del muerto,  
Por gozar este sitio, hoy ha dejado  
El cielo, de que goza eternamente.

Esto oyó un valenton, y dijo: es cierto  
Lo que dice voace, seor soldado,  
Y quien dijere lo contrario miente.

Y luego inconscientemente  
Caló el chapeo, requirió la espada,  
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

En el mes de diciembre vino la resolución del consejo, que ordenaba se celebrasen las honras inmediatamente, y que el rejente quitase el paño negro que colocó en su banco. Aquellas se efectuaron en los días 30 y 31 del citado mes, con lo cual todo quedó concluido.

El ayuntamiento dispuso á pocos dias quitar el túmulo, acordando el que se colocasen todas las piezas de él en los salones del alcázar, para que allí se hiciese de todo almoneda, como en efecto se hizo; no quedando ya de esta obra tan insigne mas que la memoria. (1)

J. COLON Y COLON.

## LA ASTROLOGÍA Y LOS ASTRÓLOGOS.

• El mentir de las estrellas  
sus días seguro mentir,  
aportaje ninguno la deir  
ná preguntarse á ellas

— Con perdon del Sr. Quevedo, de quien son los anteriores versos, que no es ya tan fácil como parece el mentir acerca de las estrellas. No, sino contárselo al otro, que tenia tan medida la distancia que hay del cielo á la tierra, que habiéndole metido unos pocos pliegos de papel debajo de la piedra, desde la cual hacia sus observaciones, exclamó luego que se hubo sentado en ella, y dirigido su telescopio: ¡Que el cielo se habia rebajado, ó la tierra se habia subido una línea hacia el cielo! Bien que sobre este dicho y la palabra *cielo* habia mucho que decir. —

Así hablaba D. Celestino *Bootes y Osa menor*, furioso astrónomo y astrólogo, una tarde en que con anteojo en ristre, paseaba por la huerta de su casa en compañía de su amigo Don Lupercio. Era el D. Celestino hombre de unos 50 años, tabacoso y estafalarico. Siempre habia sido furibundo ideólogo y metafísico, y habia escrito mas de una resma de papel sobre el comercio del alma con el cuerpo y la armonía prestabilita de Leibnitz. Luego quiso darse visos de anticuario, degeneró en alquimista, y vino á parar en astrólogo. Por otra parte, era supersticioso como una vieja, á pesar de su adhesión á la Enciclopedia, y si encontraba una coja al salir de su casa, no le harían dar un paso fuera de ella, ni aun á palos, porque asimismo sucedía con el célebre astrónomo *Tiko Brake*. Debilidad de todos los hombres de mediano talento, que principian por remedar las imperfecciones de aquellos, á cuya altura no se pueden elevar.

(1) A pesar de lo que asienta en este último periodo nuestro amigo y colaborador serrillano el Sr. Colon, tenemos la satisfacción de poder ofrecer á nuestros suscritores la vista general de este grandioso catafalco, que va al frente de este artículo, cuyo dibujo tomamos de una obra de viajes impresa en Amsterdam en 1781. Nuestros lectores podrán juzgar de la exacta correspondencia de la lámina, con la descripción del Sr. Colon.

En el momento á que nos referimos, conversaban los dos amigos sobre la luna que se elevaba sobre el horizonte en todo el lleno de su esplendor. D. Celestino, furioso partidario de los huicolas ó habitantes de la luna, describía prolijamente los valles y montañas, los mares y promontorios, y hasta las hondouadas y recodos de aquel planeta. Ya le habia enseñado á D. Lupercio, casi con el dedo, los puntos llamados *Galileus* y *Erathostenes*, *Promontorium romani* y *mare nectaris*, y en un arrebatado entusiasmo principiaba á describir las costumbres de los habitantes de aquel nuevo mundo, y sus alimentos y modo de vivir en aquel pais sin atmósfera, segun dicen; y hubiera pasado adelante si D. Lupercio no le hubiera tirado del faldón de la levita, llamándole al orden.

Por fortuna en aquel momento llegó el hortelano, y Don Lupercio, por oír á todos, tuvo la humorada de preguntarle ¿cómo era de grande la luna, á su modo de pensar?

— Yo, señor, no entiendo de eso; pero á mi modo de ver, podrá tener á todo tirar una legua en cuadro.

— ¡Que horror! ¡qué blasfemia! gritó el astrólogo, ¡una legua en cuadro ese soberbio satélite, que viene á ser como la quincuagésima quinta parte de la tierra! ¿Cómo quieres hombre sacrilego, que sola tenga esa dimension un planeta, que aparece tan grande á tu vista, á pesar de estar á una distancia, cuando menos de 86.500 leguas, es decir, cuando se halla en su *perigeo*?

— ¿Y qué entiendo yo, señor, de todos esos pejiñucos, ni todas esas *filaterias*? —

Entre tanto D. Lupercio apenas podia contener su risa, al ver el calor con que D. Celestino trataba de volver por el honor de la luna, y el horror con que habia escuchado las palabras del patán. A la verdad, el echar un ignorante á las barbas de un hombre preocupado por una ciencia, es lo mismo que echar alanos á un valiente toro, apenas castigado por los picadores.

Ya se habian separado un buen trecho del hortelano, cuando todavía D. Celestino seguia su declamacion sobre la luna, y poco le faltaba para dirigirle una plegaria en desagravio. En vano D. Lupercio, temeroso de que diera un trapezon, le recordó aquellas versos del P. Isla á D. Alfonso el sábio, en el compendio de la Historia de España,

Mientras observa el movimiento al cielo  
cada paso un desbarro era en el suelo.

pues D. Celestino con su anteojo en ristre, y con su sombrero cubriendo la retaguardia, apenas escuchaba lo que le decia; aunque con harto sentimiento suyo hubo de acertar D. Lupercio en su pronóstico; pues tropezando el astrólogo en un canto, fue á caer en una hera de lechugas que acababan de regar, tropicando de paso contra un ciruelo, con grave detrimento de su *gnomonfacial*, vulgo la nariz.

Al llegar á casa de D. Celestino encontró toda la familia en la mayor ansiedad, por estar la gata de parto. Don Celestino, sin acordarse de su vestido embarrado y de sus narices rotas, se apoderó del astrolabio, y se dirigió presuroso á donde estaba la parturienta, no para servirla de comadron, sino para observar con toda puntualidad los minutos y segundos en que cada gatillo salia á luz, y las conjunciones de los astros en aquel momento. Todo salió á pedir de boca, y antes de ponerse á cenar, ya cada individuo tenia formado su horóscopo, pronosticando al uno, que moriría de amores, porque caería de un tejado yendo en persecucion de una gata; y á otro que perecería á manotirada, porque se le rogería infraganti en una dispensa:

con todo, al que menos le concedió seis años de vida. Pero á la mañana siguiente se encontró con el fracaso de que la gata se había comido cuatro, y que los dos restantes habían perecido sofocados, ó por su débil constitucion, pues eran de aquellos que las criadas llaman veraniegos ó calabacinos.

Algo sonrojado se vió nuestro astrólogo con tan prematuras defunciones, y es muy probable que la pobre gata hubiera muerto en aquel momento á sus manos, á no haberse acordado de que aun no se había cumplido el horóscopo, que le había hecho dos años antes. Tentado estuvo D. Lupercio á gozarse en la turbacion del astrólogo, pero no quiso hacerlo por no apretar mas la cuerda al ahoreado. Con todo, no pudo menos de aprovechar la ocasion para echarle una indirectilla.

— Sin duda, D. Celestino, que se os escapó alguna influencia oculta al formar los horóscopos.

— Puede ser, porque como le hice de prisa, y ademas no puede uno saber la constelacion que reinaba al tiempo de la generacion, y ademas muchas veces en el cuerpo hay contraindicantes, y ademas.....

— Si, sí, es cierto.

— Y ahora que digo de contraindicantes, vea V. qué headida tenia este la linea de la mortalidad. ¡Qué había de hacer sino morir con una raya como esta! ¡Vaya, si yo la hubiese atisbado! y diciéndolo esto miraba y remiraba las patitas del un difunto.

Vinieron á sacarle de aquella observacion los chasquidos de un látigo y el ruido de unos caballos que pararon en el zaguan de casa del astrólogo. Era un ayuda de cámara del duque de....., que había venido á pasar la temporada de verano á un pueblo inmediato donde tenia sus haciendas, ganados y yeguada, y enviaba una carta de importancia á D. Celestino. Retiróse este á su despacho, y pocas horas despues envió á llamar á su amigo Lupercio.

— Hé aqui, le dijo apenas entró, una carta del duque mi amigo, hombre de buen humor, y que acude á valerse de mi ciencia, á pesar de que repetidas veces se me ha burlado de ella. —

En efecto, decia en la carta que deseaba formase el horóscopo á un bastardo, hijo de una señorita á quien apreciaba, y que había nacido pocos dias antes en su casa. A continuacion se extendia en dar las señas puntuales de la hora, minutos y segundos de su nacimiento, sus lunares, y demas pelos y señales.

D. Celestino estaba radiante de alegría, y leyó con toda formalidad el horóscopo que había formado, en el que decia, que habiendo nacido bajo la influencia de Marte y en el signo de Leo, debería ser de un natural ardiente y violento, temperamento sanguíneo, cuerpo airoso, rostro agraciado, y que si se dedicaba á la milicia haria brillante carrera, y llegaría á general.

— Pero hombre de Barrabás, dijo D. Lupercio, ¿es posible que se atreva V. á sacar un pronóstico á pesar de ser tan ambiguas las señas? ¿y aun cuando fuesen verdaderas esas doce casas que finge en la esfera y tambien sus influencias, cómo quiere V. persuadir, que influya el que está en esta casa y no el que está en aquella? —

Iba á recordarle el horóscopo de los gatos, cuando le contestó D. Celestino:

— ¿No ve V. D. Lupercio, que la astrología tiene tambien sus estudios preliminares, y sobre todo requiere un poco de gramática..... parda? El interés que se toma el duque da á conocer que ese bastardo es hijo suyo: ahora bien, él es de buena figura, y como ademas *todo lo de contrabando es bonito*, será muy probable que el hijo lo sea tambien. Lo del genio violento y temperamento sanguíneo se puede inferir por otras razones análogas á esta, y lo de la milicia

porque es muy probable le dediquen á ella, y con el favor de su padre no dejará de hacer carrera.

— ¿Y sino le dedican á esa carrera?

— Aun cuando no pensasen en ello, bastaría que se les hiciese esa prediccion, para que al punto lo destinasen á la milicia. Quizá no hubiera llegado Neron á ser emperador, si un astrólogo no se lo hubiera vaticinado á su madre Agripina.

— Diga V., y si antes de llegar á general le coge una bala al oficialito, y zás....

— Hombre, si el cielo se cae, etc....

Poco rato despues ya estaba el horóscopo puesto en limpio, y nuestro astrólogo salió con su pliego en la mano á entregárselo al ayuda de cámara para que lo llevase á la mayor brevedad.

— Y que tal, señor D. Celestino, preguntó el mensajero con aire socarron: ¿ha salido bien el señorito de oros y copas?

— Perfectamente, amigo; hará carrera por la milicia.

— Como no sea en la artillería....

— Y lo mismo en cualquier otra arma.

— Es que los machos solo sirven para tirar artillería.

— ¿Pues qué el hijo de esa señorita es algun mulo?

— ¡Ahora salimos con eso! ¿pues no sabe V. que la señorita es una hermosa pollina, á quien el amo designa con ese nombre?

— ¡Qué horror!

El hijo bastardo, nacido en casa del duque y presunto general.... era.... un muleto, ó macho romo.

V. DE LA F.





La villa de REDONDELA se halla en la parte del S. á la distancia de unas dos millas de estas islas; y la deliciosa parroquia de *S. Pedro de cesantes* en la misma costa, está tan inmediata á ellas, que en algunos puntos solo se separa unos tres ó cuatro cables, ó sean decimos de milla. La punta de *Arenas*, que puede decirse corresponde á la costa del E., todavía se aproxima mas, pues apenas media la distancia de dos y medio cables. El puente de *S. Payo*, que forma el término del extremo oriental de esta ensenada y ría, dista de S. Simon 2 y 8/10 millas: este puente proporciona la principal comunicacion de la antigua provincia de Tuy con el arzobispado de Santiago, y el tráfico marítimo en el embarco y desembarco de géneros para el último pueblo y otros puntos del interior del reino.

Como estas islas se hallan internadas y distantes mas de 5 leguas de la entrada de la ría, dentro de las puntas de la grande ensenada descrita en otro lugar de esta obra, están muy abrigadas de los vientos dominantes, y por eso tampoco llegan allí las marejadas, ni se perciben las resacas del flujo y reflujo; y así es que los temporales mas fuertes nunca ofenden á sus inmediatas fondeaderas. Estos tienen además la circunstancia de que su fondo es fangoso y limpio, sin restinga ni peñasco alguno; y finalmente su situación ofrece la mas cómoda y fácil proporcion para hacer aguada, renovar y praveerse de víveres con abundancia. Por todo esto se dice con justa razon, que tal vez no se encontrará en el mundo un punto tan abrigado de igual seguridad, ni que reúna tantas ventajas para las embarcaciones en cualquier estado que vengan.

A menos distancia de un tercio de milla de estas islas pueden fondear los buques de mayor capacidad; y las de mediano porte pueden hacerlo por todas partes al rededor de las mismas, desde medio á un cable de distancia; pero el principal fondeadero es del O. al N. O. de la isla San Simon. El canal que media entre la pequeña isla *S. Antonio* y el islote de *S. Bartolomé* (1) tambien presenta un fondeadero muy considerable por su limpieza y mucha agua.

En la costa del N. está el excelente puerto de los *Cabres*, situado frente á dichas islas, y lo forman las dos parroquias de *S. Adrian* y *Sta. Cristina* del mismo nombre. Este fondeadero es muy hondable, limpio y abrigado de los vientos del primer y cuarto cuadrante, y sirve para toda clase de buques. Hacia los confines de ambas parroquias, ó mas bien en la de *S. Adrian*, el mismo fondeadero tiene una playa muy limpia y acantilada, donde se construyen embarcaciones de mediano porte.

NICOLÁS TABOADA Y LEAL.

(1) A la inmediacion de las islas de S. Simon y S. Antonio, hay otros dos islotes nombrados de *S. Bartolomé* y *S. Norberto*, que con aquellas forman una prolongada línea en direccion de N. á S. Se ha omitido la descripcion de estos dos islotes por considerarla de poco interés en el asunto que nos ocupa.

## CRITICA LITERARIA.

### FAEULAS DE DON RAMON CAMPOAMOR (1).

Los desmedidos elogios que con tanta facilidad se prodigan á las obras literarias que ven por vez primera la luz pública; la dificultad de juzgar con acierto una produccion agena, y el convencimiento en que estamos de la escasez de nuestras fuerzas, nos han retraido casi siempre de escribir artículos de critica; porque, enemigos de herir susceptibilidades, no sabíamos cómo sentaría nuestra imparcial censura á escritores, que él que mas y el que menos se ha visto comparado ventajosamente con Byron, Shakespeare, Calderon y otros. Ahora que no tememos que se interpreten nuestras observaciones, porque el Sr. *Campoamor* nos conoce lo bastante para hacernos justicia; vamos á romper nuestro silencio y á emitir nuestra pobre opinion acerca de sus fábulas, con tanta mas confianza, cuanto que la amistad que le profesamos nos autoriza á decirle sin miramientos ni empacho alguno, lo que nuestra conciencia nos inspira.

No seguiremos los diferentes periodos de la fábula desde su origen hasta nuestros dias, porque además de hacerlo innecesario, no nos lo permiten los estrechos límites del periódico en que escribimos. Bástenos saber que habiendo observado algunos antiguos, como Esopo entre los griegos, y Pilpay entre los indios, que bajo el velo de una ingeniosa ficcion se encerraban en varios cuentos populares verdades útiles y consejos provechosos; se dedicaron á componer otros que pudiesen contribuir, como dice un autor célebre, á divulgar entre el pueblo verdades importantes, máximas saludables, principios de moral, y desengaños oportunos. Hé aquí en pocas palabras el origen y objeto de la fábula. Pluedro después la perfeccionó entre los latinos, y Lafontaine la dió en la vecina Francia aquel carácter de sencillez y filosofia que habian procurado en vano varios fabulistas ingleses y alemanes. Entre nosotros se han distinguido tambien Iriarte y Samaniego, y nadie hasta ahora en España les ha disputado la corona con que supieron ceñir sus frentes. Hoy se levanta el Sr. *Campoamor* á luchar con ellos; y este atrevido pensamiento merece por sí solo fijar la atencion de la crítica sobre su obra, á fin de que examinada esta con el severo y detenido análisis que su importancia requiere, se conozcan las fuerzas con que cuenta el nuevo atleta, para vencer á tan poderosos contrarios.

Bajo dos diferentes aspectos puede considerarse la fábula; ó bien bajo el pensamiento que en sí encierra, ó bien bajo las formas de que está revestido aquel pensamiento. Este debe de contener una leccion moral, literaria, política ó religiosa; y son requisitos de las formas la unidad en la accion: moralidad nacida de la accion misma: natural-

(1) Se venden á seis reales en las librerías de D. Ignacio Boix, calle de Carretas; de Cuesta, calle Mayor; Gabinete literario, calle del Príncipe; y en el almacén de papel de D. Victoriano Hernandez, calle del Arcenal; á donde se harán los pedidos de las provincias.

dad en el estilo; fluidez y facilidad en la versificación, y brevedad en la narración. Admitidas estas reglas, que son las que unánimemente establecen los preceptistas, con los cuales (y dicho sea de paso) parece que van humanizándose los ardientes apóstoles de la escuela moderna, veamos hasta qué punto ha sabido llenarlos el Sr. Campoamor.

Con respecto á la moralidad del pensamiento, no hemos encontrado en sus fábulas ni uno solo que no sea una máxima saludable, capaz de formar el corazón ó ilustrar el entendimiento de los tiernos jóvenes á quienes con especialidad se dedica esta clase de trabajos. Verdades útiles, indisputables, verdades reconocidas universalmente como tales, son casi siempre el tema de las fábulas del Sr. Campoamor; pero hemos notado en algunas, aunque pocas, oscuridad en el modo de expresar el pensamiento moral que encierran. Y tanto mas de censura es este defecto, cuanto que estas composiciones deben distinguirse esencialmente por su claridad y sencillez; porque debe tenerse muy en cuenta al escribirlas la clase de lectores á quienes se destinan, y procurar ponerlas al alcance de su capacidad. Verdad es, que apenas pueden presentarse dos ó tres fábulas que adolezcan del defecto que censuramos, como la que el autor titula *el Pastor y el Navío* y algunas otras; pero debemos ser severos con quien ha sabido conquistarse un nombre como el Sr. Campoamor, y con un libro que tiene fundadas pretensiones de una justa celebridad, y que nos dá derecho á exigir mucho de su autor. Hemos observado también (y acabaremos con esto la enojosa tarea, que nuestra imparcialidad nos impone de anotar los ligerísimos lunares que oscurecen la recomendable obra que analizamos; hemos observado, decíamos, tres ó cuatro epigramas, como *La justicia en un cuento*, *La inocentada*, *Delirios del amor*, y *La muerte todo lo iguala*, que si bien hacen mucho honor á su autor como tales, no tienen, sin embargo, cómodo asiento entre las fábulas, y están allí como violentos y fuera de su lugar. Pero en cambio de esto tiene el Sr. Campoamor fábulas cuyo pensamiento y desempeño pueden competir ventajosamente con las de los mejores fabulistas nacionales y extranjeros. Sentimos en el alma, que las cortas dimensiones que deben tener estos artículos de periódico nos impidan estendernos sobre la novedad, frescura y lozanza con que el joven poeta sabe presentar las máximas mas áridas de moral, y embellecerlas con el mágico encanto de su versificación.

Está tan bien enlazada la moralidad con la acción de la fábula en muchas de ellas, que mas de una vez hemos soltado el libro de la mano para tributar un homenaje de admiración y entusiasmo al poeta que con tanta maestría sabe envolver y revestir con las galas de una sonora y armoniosa versificación, las tristes verdades que no nos atrevemos á mirar cuando están desnudas. Y ya que hemos tocado el punto de la versificación, dejémosnos sin esplanar mas nuestras ideas sobre el pensamiento de las fábulas para hablar de sus formas; porque mucho nos agujonea aquí el deseo de consignar nuestro pobre voto, respecto de las innumerales bellezas que hace brotar la encantada pluma del Señor Campoamor cuando escribe versos.

Nada diremos respecto de la brevedad en la narración que recomiendan los preceptistas, porque acaso pocas algunas fábulas de demasiado breves; pero si la naturalidad en el estilo, y la fluidez y facilidad de la versificación, son los requisitos esenciales de este género de escritas, bien puede gloriarse el joven poeta de haber tocado los límites de la perfección posible. Esa difícil facilidad de que tantas veces hace mención nuestro célebre Moratín, es el principal atributo de los versos del Sr. Campoamor, y la dulzura que se nota en ellos, la corrección de su estilo, y la naturalidad que les caracteriza, le hacian muy á propósito

para la obra que con tanto acierto ha sabido llevar á cabo. Sin remontarse á las nubes, sin tocar nunca el suelo, parecenos su musa á una de esas delicadas mariposas que liban al pasar el cáliz de las flores, sin atreverse á descansar sobre la tierra, por temor de deshacerse el color brillante y tornasolado de sus alas. Así que, el autor de la obra que nos ocupa, lleva una gran ventaja á *Iriarte* y *Samaniego* en los encantos de la versificación y en las bellezas de las formas, porque la naturalidad de este, peca muchas veces de prosaica y chabacana, y el cuidadoso esmero de aquel de amanerado y frio. Recomendamos por lo tanto esta producción á todos los amantes de la literatura, y con especialidad á los que tienen á su cargo la dirección de la juventud, porque ademas de encontrar en ella verdades útiles y lecciones provechosas, contribuirá á hacerla adquirir buen gusto por la literatura, familiarizándola con los dulces y sonoros versos del Sr. Campoamor. Nosotros no podemos menos de facilitarle con toda la sinceridad de nuestro corazón, por el servicio que acaba de prestar á la literatura, y los nuevos laureles que ha logrado conquistarse.

Acabaremos este artículo copiando dos fábulas que hemos cogido al acaso, la una recomendable por lo bien embebido que está el pensamiento moral en ella, y la otra por la belleza de sus formas.

## ACUSAR DELITOS PROPIOS.

### LA URRACA Y LA GALLINA.

"Qué escándalo!" — en tono fiero  
una gallina decía,  
á una urraca que comía  
las flores de un limonero.  
— "¿Qué se come, jardinero,  
de las de arriba á destajo!"  
— "Celebra tu desparpajo"  
contestó la urraca altiva,  
"¿No he de comer las de arriba  
si no has dejado una abajo?"

## AMAR POR LAS APARIENCIAS.

### EL ALCORNOQUE Y LA ENREDADERA.

Nació una enredadera  
al pie de un alcornoque descarnado:  
vistióle de manera,  
que fue en la primavera,  
siendo un hodoque ruin, blason del prado.

Como propios primores  
lucía el corcho vil ajenas galas;  
siendo con tantas flores  
embidia de pastores,  
y blanco del amor de las zagalas.  
— "Oh qué árbol tan florido,  
decían, qué gentil, qué primoroso!"  
Elogio merecido,  
pues, gracias al vestido,  
por Dios que el alcornoque estaba hermoso.

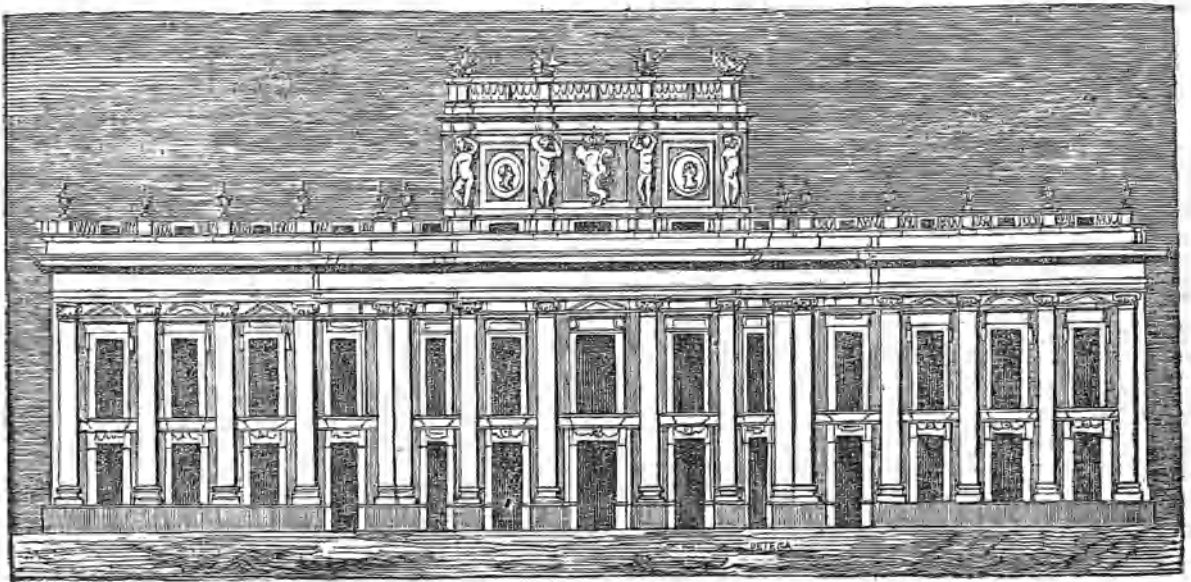
Mas llegaron sin cuento  
 las ráfagas sonoras,  
 y soplando violento  
 dejó alcornoque el viento  
 al que el idolo fue de las pastoras.  
 ¡Cuántas de esta manera,  
 Elvira, adoran á un galan bodoque,  
 y hasta que el aura fiera

*lleva la enredadera,  
 no advierten que han amado á un alcornoque!*

Véase por estas muestras, si hemos sido apasionados en nuestros elogios, ó si por el contrario por aparecer demasiado imparciales, hemos sido injustos.

AGUSTIN DE ALFARO Y GODINEZ.

## ESPAÑA PINTORESCA.



Vista del Palacio de la Granja.

### ADVERTENCIA.

El jueves 2 de junio se ha repartido la entrega 13.<sup>a</sup> (1.<sup>a</sup> del tomo 4.<sup>o</sup>), de la obra titulada ESCENAS MARI-  
 TENSES, por el *Curioso Parlante*, y comprende los artículos siguientes:

*Las sillas del Prado; costumbres chartamentarias. — De tejas arriba. — El teatro por fuera.* Acompaña una lámina al artículo *De tejas arriba*.

Sigue abierta la suscripción á esta obra (que quedará concluida en el presente mes) á 4 reales entrega y 16 por tomos, en Madrid en las librerías de Cuesta, Rios y Europea; y en las provincias á 20 reales tomo franco de porte. Los suscritores al Semanario abonarán solo quince entregas recibiendo gratis las restantes. Cerra-

da que sea la suscripción, el precio de los cuatro tomos en Madrid será 70 reales.

### ERRATAS EN EL NUMERO ANTERIOR.

Página 172, línea 18, donde dice: ("quizá sea el del Castañar que está mas próximo)" debe decir; "segun otros en el del Castañar, ó quizá sea en el de Torrelaguna, que está mas próximo."

Página 174. — La viñeta que dice "Miñon aragonés" debe decir *Escopetero de Castilla*.

Página 176, epigramas, donde dice: "si el imitar á Nas-  
 son" léase "si el imitar á Maron."